

tura de las de los sacerdotes venimos á comprender sus progresos, y nos admira seguramente el concienzudo trabajo con que la elevaron, y el modo como la van sacando de su anonadamiento para hacerla servir á la posteridad, y presentar como una leccion elocuente los hechos que han trabajado la humanidad para precaver su repetición.

Con la historia de las herejías se enlaza la *Etiqueta medical* de S. Epifanio, obispo de Salamina, obra que él mismo recapituló, y en la que si bien se notan defectos de consideracion, no podemos menos de admirar su parte espositiva y la verdad de sus descripciones, algunas de tal belleza que arrastran la voluntad y nos hacen ver la verdad y la filosofia con que están escritas para el porvenir, de modo que forman un caudal de conocimientos interesantísimos para el estudio de las costumbres de su época, y que pueden dar una idea los siguientes párrafos, en que describe los sentimientos de la Iglesia de su tiempo. “La virginidad, dice, es honrada y guardada por muchos: despues se tiene en estima el celibato, la continencia y la viudez; luego el matrimonio, particularmente en el que se casa una vez sola, aunque no ha estado vedado contraer segundas nupcias. Manantial de todos estos bienes es el del sacerdocio, que se confiere á los célibes, á los viudos ó á los que se abstienen de su esposa. En seguida vie-

nen los lectores escogidos entre los célibes ó los hombres casados; las diaconistas, para servir á las mujeres en las fuentes bautismales ó en otras análogas ocasiones: son vírgenes ó viven en la continencia: en pos se cuentan los exorcistas, los intérpretes, para traducir las lecturas y los sermones de las diferentes lenguas; despues los *copiatos* ó enterradores, los porteros y otros criados.

“Celébranse las asambleas ordenadas por los apóstoles el miércoles, el viérnes y el domingo. Donde quiera se ayuna el miércoles y el viérnes hasta la hora de la nona, en reconocimiento de lo que padeciera Cristo por nosotros y en expiacion de nuestros pecados. Solo en los cincuenta dias de pascua está prohibido ayunar y doblar la rodilla, y las asambleas no se celebran á la hora nona, sino por la mañana. Nunca se ayuna por la Epifanía, aun cuando cayera en dia en que estuviera prescrito hacerlo. Los ascéticos ayunan todo el año, esceptuando el tiempo de pascua y los domingos. El domingo es dia de júbilo para toda la Iglesia que se reúne por la mañana. Se pasan en no interrumpido ayuno los cuarenta dias antes de la pascua. En los siete dias que preceden á esta solemnidad no se toma mas que pan, sal y agua por la noche, y hasta algunos se abstienen de todo alimento. Se vela y tienen lugar las asambleas cotidianas: en algunos puntos se ofrece el sacrificio el Juéves Santo; en otras partes solo la noche

del domingo. Con arreglo á la tradicion del Evangelio y de los apóstoles, se celebran el bautismo y los demas misterios secretos.

“Se hace conmemoracion de los muertos designándolos por sus nombres, y se acude en auxilio por medio del sacrificio y de la plegaria. Por la mañana se cantan laudes, y por la noche salmos. Algunos monjes habitan dentro de la ciudad, otros fuera, y practican devociones particulares, como gastar largo el cabello, abstenerse de carne, de huevos y de lacticinios, dormir en el suelo, andar con los piés descalzos, vestirse de cilicio, si bien en secreto, porque hace mal el que muestra con ostentacion el tosco vestido y las cadenas. Han inventado medios de evitar la ociosidad y de ganarse el sustento: la mayor parte se ejercitan en la salmodia, en la oracion y en la lectura.

“Tienen gran mérito la hospitalidad, la limosna y las demas buenas obras practicadas con todos los individuos sin distincion ninguna. Deben evitarse el frecuente trato con los herejes, la fornicacion, el adulterio, la idolatría, el homicidio, la magia, el envenenamiento, la astrología, los augurios, los sortilegios. Del mismo modo conviene huir de los teatros, de las carreras de caballos, de las luchas de las fieras, de los espectáculos musicales, de toda maledicencia, de toda disputa, de las injusticias, de la avaricia, de la usura. Son colocados despues de todos los demas, aquellos que

se mezclan en las cosas del mundo, y no se reciben ofrendas sino de aquellos que obran con arreglo á la justicia.”

Este modo sencillo y claro de esponer estas descripciones, nos prueban que son la produccion de un hombre pensador que, al escribir la historia, ha comprendido su fin y su objeto; y separándose del comun sendero de sus coetáneos, crea una ciencia nueva y la hace servir al bien de la humanidad, de la religion y del Estado, que son los objetos que tuvo á la vista siempre el sacerdocio, por cuya felicidad se ha desvelado, y por cuyos progresos no ha perdonado medio ni trabajo alguno, como lo prueba su constancia en cultivar las ciencias, la literatura y todos los ramos del saber que sin él aun no hubieran salido del caos que los envolvía y de las tinieblas que los cercaban á la luz y claridad que hoy los adorna.

Ansioso el clero de adelantar la civilizacion del mundo, no hubo cosa que no emprendió: allí, donde habia salido un abuso que combatir se encontraba; la medicina le debe haber salido de los amuletos y exorcismos á un método racional y práctico; la veterinaria fué objeto de sus desvelos; la economía, la política, todo lo abrazó, hasta la misma guerra. Antes del cristianismo no era un arte, ni el gran Alejandro, ni el astuto Anníbal, ni el prudente Escipion, ni el entendido César habian dictado preceptos al arte militar, hasta que

Vegecio se los marcó, y no solo esto, sino que regularizó el servicio, y dió disposiciones á fin de preservar la vida del hombre, ofreciendo así sus talentos y haciéndolos servir no solo á la civilizacion, sino tambien á la causa de la humanidad. En tanto, ¿qué hacian los acusadores del clero? ¿Qué hacian los ponderados filósofos? . . . Vivir entre el lujo, castigar esclavos, ponderar el valor de los grandes capitanes, estimularlos para el combate, ensalzar sus escesos aun los mas punibles, y haciéndolos creer que el vencido habia sido destinado por el Sér supremo un objeto de maldicion á las cadenas, á la opresion y á la muerte.

Comparemos la conducta del sacerdocio y sus desvelos por asegurar los derechos de la humanidad y el bienestar del hombre con el refinado egoismo de los filósofos por acumular riquezas y disfrutar comodidades, y creo que no se podrá menos de convenir, que la civilizacion todo lo debe al sacerdote: veamos las leyes, y en las anteriores á Jesucristo comprenderemos dominante el espíritu de exclusivismo que era el distintivo de la idolatría, al par que en las posteriores, y en particular en las que intervino el clero, vemos respirar la caridad evangélica, que es el lema de la religion de la cruz; y desde que en los códigos brilla esta luz, la humanidad está segura y garantizada; así fué como inspirados por el deseo de ser útiles á sus hermanos emprendieron los sacerdo-

tes el trabajo de regenerar la sociedad, para lo cual conocieron debian empezar por adelantar las ciencias y sacarlas de su inercia, y por esto se dedicaron á cultivarlas, y así fué que abrazaron todos los ramos del saber. De lo dicho aparece que al clero debemos los progresos de la historia, y si esta ciencia tiene algo útil al hombre, si puede contribuir en algo al bien de la sociedad y á los progresos de la civilizacion, necesariamente habremos de convenir, que dedicándose á ella el sacerdocio prestó un servicio interesante á la humanidad; y protegiendo mejor su movimiento, impulsando su desarrollo, desmintió la grosera calumnia de incultura y holgazanería que se le imputa, y la nota de egoista y bárbaro que se le impone.

Al lado de la historia y como en su auxilio, viene su inseparable compañera, la geografia, y tambien debe la sociedad los progresos de esta ciencia al ignorante clero. Tambien yacia en el olvido, y en la ruina del imperio sepultaron los bárbaros los trabajos geográficos del tiempo de Ticiano, Vegecio y otros, hasta que Etico Ister redactó el Itinerario de Antonino, y compuso una cosmografía de escasos datos geográficos; pero un burdelés nos da al mismo tiempo un itinerario desde su patria á Jerusalem, desde Heraclea á Roma y Milan, que unido á la descripcion del mundo, publicada por Godofredo, á la *nomenclatura de los rios, arroyos, lagos, pantanos, bosques, montañas, pue-*

blos mencionados por los poetas, de Vibio Sequester que sirvió de base á Bocacio, son los primeros monumentos de geografia sobre que esta ciencia volvió á girar y cimentó su grandeza. Es cierto que son trabajos incompletos; pero no lo es menos que son los primeros y debidos al clero que tuvo que consagrarse á su prosperidad, y que bajo su influencia volvió á reaparecer para ilustrar el mundo.

Si de aquí pasamos á investigar los filólogos y compiladores, veremos el Satiricon de Marciano Félix Capella, especie de enciclopedia que sirvió de texto para las escuelas; síguese el *liber memorialis* de Ampelio, que tambien pertenece al género de colecciones por extractos de menos utilidad, seguramente que el tratado sobre las diferentes medidas de Flavio Mallon Teodoro; la *indigitanventa* y el *die natali* de Censorino, son una mina fecunda de conocimientos exactos. En agricultura tenemos las obras de Vindacio Anatolino y el arte de medir las tierras de Tauro Emiliano. Diofanto de Alejandría escribió una aritmética, emplea un método claro en la solucion de los problemas analíticos ingeniosamente planteados; en esta obra se encuentran los primeros elementos de álgebra. Firmico Materno escribió diez y ocho libros de matemáticas, que acreditan que su autor poseia muchos conocimientos; Theon comentó á Euclides y Tolomeo con el mayor acierto. El ar-

te de la guerra tambien pasó á ser de la jurisdiccion del talento y recibió preceptos de Higinio Julio Africano, y sobre todos, de Vegecio, que le elevó á una altura considerable: en medicina escriben Marcelo de Sidia, Vindiciano, Oribasio; tenemos una introduccion á la anatomía, y el obispo de Emeso Nemesio vislumbra ya la circulacion de la sangre, y trata estensamente y con solidez del vínculo que existe entre las arterias, las venas y los nervios: Celio Aureliano nos da á conocer las enfermedades metódicas en sus tratados de las enfermedades crónicas y de las afecciones agudas, siendo de notarse el esmero con que está tratada en ellas la parte diagnóstica. Teodoro Prisciano nos dejó su *Emporiston* de los remedios fáciles de proporcionarse; el *Lógico*, síntomas de las enfermedades crónicas y agudas; el *Eyneccion*, sobre las enfermedades de las mujeres; el *Phisicorum liber* sobre los esperimentos de física. Un tal Vegecio trató de veterinaria; Marcial, de las enfermedades de los bueyes, estendiéndose sobre economía rústica, y un anónimo nos deja su *Medicina pliniana*.

En medio de la general desolacion, cuando la guerra todo lo absorbia y la civilizacion no menos que el imperio sucumbian ante el movimiento general de invasion; cuando el hacha que minaba el capitolio y destruia el poder de un pueblo que con las invasiones habia logrado adquirir el nombre

de *pueblo-rey*, en el instante mismo en que su poder, su gloria literaria y su prestigio se hundían en la nada, las ciencias y las artes que con su grandeza habían florecido, con su ruina decaían y á pasos agigantados se aproximaban á su total destrucción, á su muerte: los vicios que habían enervado los cuerpos y corrompido las costumbres embotaron los entendimientos, y aquellas creaciones del arte y del genio iban á desaparecer ante un pueblo que no conocía mas gloria, mas blasones, mas grandezas que la guerra, la desolación y la muerte. Las ciencias llegaron á su fin, y muerta la sociedad que ellas vivificaban, nada quedaba de su esplendor mas que el nombre: empleados en las armas, fascinados por la preocupación y conducidos por la lisonja los hombres, todo había sido degenerado, corrompido por el ambiente emponzoñado de la adulación, de la apatía, de la pereza y de la bajeza: sin energía ni virtudes, el pueblo otro tiempo tan constante, sufrido y virtuoso, solo pensaba en los inmundos placeres del circo y del anfiteatro, en cantar, no las virtudes, sino los vicios de hombres miserables que su bajeza divinizaba; no se ocupó ya de otra cosa que de lo que le envilecía. En tanto el porvenir estaba ya en manos de otra sociedad; el cristianismo con su vida austera, sus virtudes, su fé, su caridad, era el dueño del campo que había de producir su grandeza, y le explotaba en todos los ter-

renos; sus hijos se dedicaron á todo, armas, ciencias, literatura, artes, costumbres, todo lo dominaban, á todo se dedicaban, todo lo enaltecieron, eran, en una palabra, el alma del inmenso cadáver que un día vivificaron los hechos de los Camilos, las oraciones de Ciceron y la pluma de Virgilio, y que reanimaron los Teodosios, enaltecieron los Crisóstomos y Agustinos, y cantaron los Paulinos y Prudencios.

Todas las ciencias fueron cultivadas por el clero que las sacó de su abatimiento, y él fué la savia que hizo reverdecer el tronco social que aridieron los vicios de una generación inepta y corrompida. Y en tanto, ¿qué hacían los filósofos? Pervertir el entendimiento y estraviar la razón, para que adormecido el pueblo, no viera al abismo á que le conducían: de esto aparece otra verdad, y es, que el clero fué entonces, como es ahora y será siempre, el depositario de la ciencia verdadera, el único que trabaja por la humanidad, el que salvó la ilustración é hizo renacer las ciencias, las artes, la literatura: también hoy los filósofos, adulando al pueblo, le han esclavizado; también bajo el nombre de ilustración han corrompido las ciencias y envilecido la literatura; también la han hecho descender de su solio, de su dignidad, de su misión, para prostituirla ante el dinero, hacerla entonar canciones degradantes y precipitarla en el abismo de la adulación, quitándola

su objeto social, religioso, su interes humanitario, para halagar pasiones mezquinas, vicios torpes y hombres degradados: tambien hoy debe el mundo recibir del clero su regeneracion, porque solo él ha sabido, entre los vaivenes que combaten el mundo, entre las olas y huracanes revolucionarios que agitan la nave del Estado, conservar puro el depósito de su fé y la práctica de su caridad, con la perspectiva de su esperanza, y fortalecido con estas virtudes, sobrepuesto á las egoistas innovaciones de la época, sabrá dar al progreso su pendiente, contener sus inundaciones, y sin oponer mas diques que el Evangelio y la ley de Jesucristo, consagrándose al trabajo y á ser todo para todos, ayudará la humanidad en su marcha civilizadora, á pesar de las acusaciones de sus detractores.

Mas volvamos á nuestro relato: hemos manifestado que como se refugió en el templo la literatura, tambien el templo dió asilo á las ciencias, y vamos á demostrar que al pié de la cruz se salvaron las artes. No entraré á detallar el miserable estado á que las tenian reducidas los corrompidos magnates y bajos panegiristas que los adulaban; tampoco entraré en pormenores sobre las ruinas que por todas partes dejaron impresa una huella sangrienta del triunfo de los bárbaros; ni menos reseñaré los degradantes sucesos que nos presenta el triste panorama de aquella invasion,

y seria mucha pesadez entretenerme en hacer presente los trabajos con que el clero se dedicó en medio de tantos disturbios á conservar y hacer florecer las artes como habia conservado y hecho florecer la literatura y las ciencias. Tenemos en nuestra obra ya capítulos dedicados á hacer ver el amor del cristianismo á las artes y á desmentir la calumnia que contra él se fulmina de haber paralizado su progreso; calumnia que no tiene nada de nuevo, porque ya Simmaco, Libanio y otros gentiles, acusaron de poco ilustrados, de malvados, de ignorantes y estacionarios á los cristianos, al frente de cuya sociedad se hallaban los Tertulianos, Crisóstomos, Ambrosios y otros campeones ilustres de la fé, que con sus plumas rebatieron primorosamente la acusacion, como nosotros hoy presentando los hechos pensamos hacer enmudecer los detractores.

El espíritu de los bárbaros era destructor, porque su furia no conócía otros límites que la fuerza, y este espíritu destructor se propagó entre el pueblo, las artes tocaron á su fin, porque no habia genio creador y se destruia un monumento, milagro del arte para edificar aún las cosas mas insignificantes¹, y hubo necesidad de crear un magistrado que defendiese los edificios públicos,

1 Cod. Just. XIII y siguientes. Cod. Teod. IX. 17. XVI. 49. XV.